

# Rainbow Boys

(Chicos arcoíris)

Alex Sanchez

TRADUCCIÓN DE DIANA GUTIÉRREZ

Kakao  books

Primera edición: Diciembre de 2019

Título original: *Rainbow Boys*

Editorial original: Simon & Schuster

© 2001 by Alex Sanchez

© de la edición en español:

A. C. KAKAO BOOKS – Libros por la diversidad, 2019

[www.kakaobooks.com](http://www.kakaobooks.com) – [bookskakao@gmail.com](mailto:bookskakao@gmail.com)

Reservados todos los derechos.

This edition published in agreement with DeFiore and Company  
Literary Management, Inc.

Ilustración de cubierta: Carmen Ocaña Ordóñez

Traducción: Diana Gutiérrez

Correcciones: Anabel Martínez Álvarez

Maquetación: Scarlett de Pablo

Impreso en Barcelona.

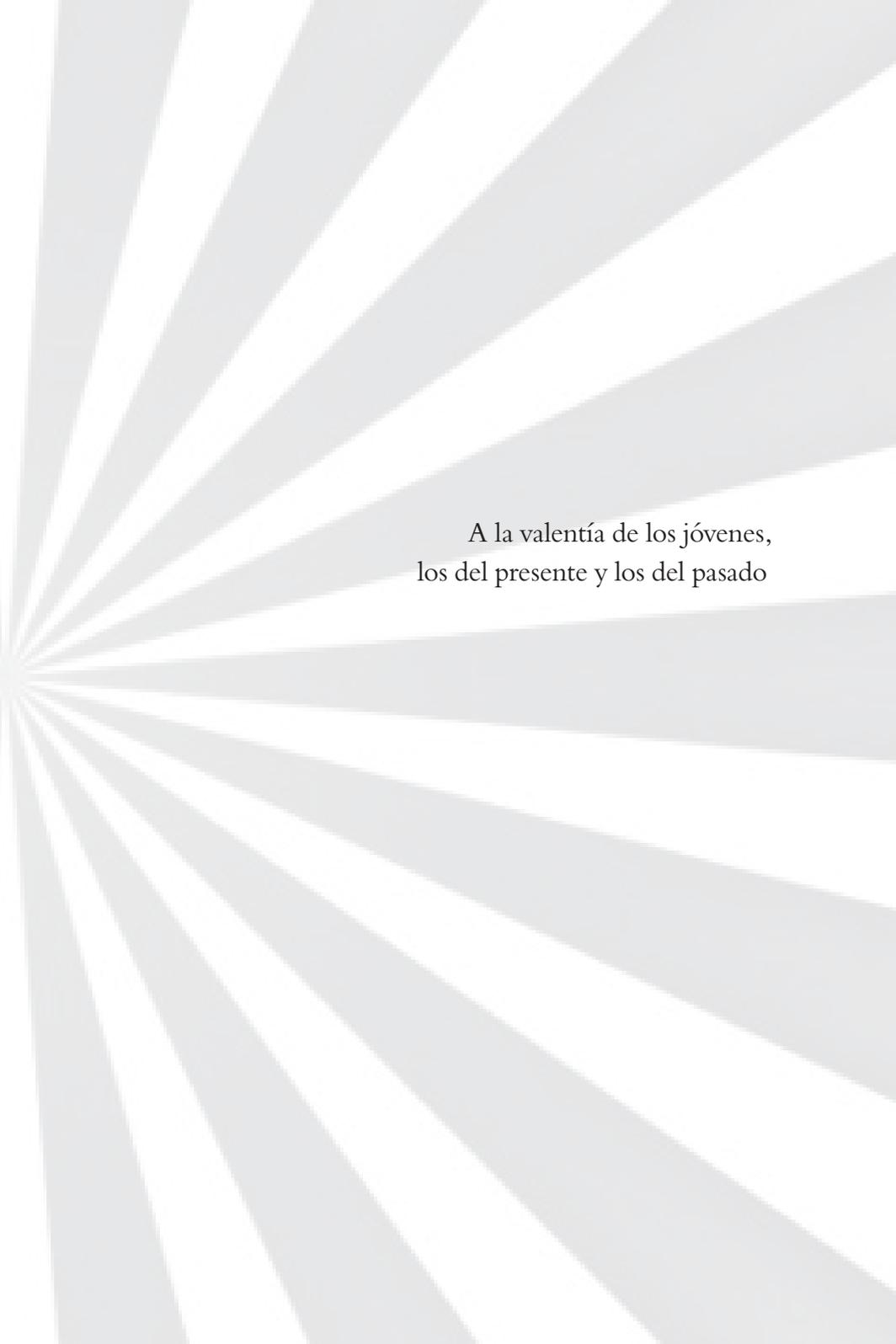
El diseño de colección de KAKAO BOOKS es obra de Diana  
Gutiérrez. El logotipo está diseñado por Rodrigo Andújar Rojo.

ISBN: 978-84-120288-2-9

Depósito legal: B 25431-2019

IBIC: YF

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización previa de sus titulares. La infracción de estos derechos es constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si desea fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



A la valentía de los jóvenes,  
los del presente y los del pasado









Jason Carrillo le dio la vuelta al edificio por tercera vez, reuniendo valor para entrar en el bloque de piedra rojiza. Cuando por fin se lanzó a cruzar la calle, un coche dio un volantazo para evitarlo y pitó. Jason dio un paso atrás y contuvo el aliento. Mierda. Lo último que necesitaba en ese momento era un atropello y acabar en urgencias. Sus padres descubrirían que había mentido y que no estaba en el parque jugando al baloncesto.

Se puso la mano de visera para protegerse del cálido sol de la tarde y observó a un grupo de adolescentes entrar en el edificio. Echó un vistazo a su reloj. Si entraba tarde, a lo mejor nadie se fijaba en él. Por otra parte, a lo mejor todo el mundo se fijaba en él. Igual mejor no entraba y ya.

Se había enterado de que el grupo para adolescentes existía la primavera pasada, gracias al periódico del instituto. Arrancó el número de teléfono y lo llevó semanas guardado en el billetero. De vez en cuando, lo desdoblaba, contemplaba los números y luego volvía

a doblarlo... hasta una tarde en la que sus padres y su hermana habían salido y se encontró solo en casa.

Estiró el trozo de papel y marcó el número. Contestó un hombre:

—Línea arcoíris para jóvenes, ¿dígame?

Jason colgó con fuerza el auricular del teléfono y se puso en pie de un salto. No podía creerse que fuera a hacer eso.

Al cabo de un rato, su respiración se calmó y volvió a llamar. Esa vez no colgó. La voz al otro lado del teléfono era cálida y amistosa, en absoluto lo que había esperado.

—¿Eres gay? —preguntó Jason, solo por asegurarse.

El hombre se rio.

—Pues claro.

Jason no había imaginado que alguien pudiera ser gay y reírse de ello.

Hizo preguntas durante más de una hora y llamó a la misma línea tres veces más ese verano. Habló con varios hombres y mujeres. Todos lo invitaron a acudir a los encuentros del sábado. Imposible, pensó. No iba a ir para estar en una sala llena de maricas y bolleras.

Se los imaginaba a todos con la misma pinta que el maricón del instituto. Nelson Glassman, o Nelly, como todos lo llamaban. Aunque le caía bien a mucha gente, Jason no lo soportaba: sus muchísimos pendientes, los dedos que a menudo chascaba, sus peinados extraños. ¿Por qué no iba sin más y anunciaba que era mariquita por los altavoces del colegio?

No, Jason *no* era como Nelson. Eso seguro. Tenía novia. Llevaban dos años saliendo, desde que tenían quince. Quería a Debra. Le había regalado un anillo. Se acostaban juntos. ¿Cómo iba a ser gay?

Recordó la primera noche que le tomó prestada la furgoneta a su mejor amigo, Corey. Debra y él fueron al callejón sin salida cerca del campo de golf. Un poco tímidos al principio, se metieron torpemente en la parte de atrás y se tumbaron de lado mirándose. El sudor le caía a chorros mientras se preguntaba: *¿Podré hacerlo?*

Cuando Debra le metió la mano bajo el elástico del calzoncillo, sintió pánico.

—¿Seguro que quieres hacerlo? —se escuchó graznar—. O sea, ¿y si te quedas embarazada?

Ella se sacó un condón del bolsillo de los vaqueros. El corazón se le aceleró más aún, tanto de miedo como de excitación. Lo último ganó. Esa noche lo hizo con ella: una chica. Los gays no hacían eso. Ergo, no podía ser gay.

Desde entonces, Debra y él habían sido inseparables. Todos los días comían juntos en el instituto. En clase de baloncesto, ella lo miraba desde las gradas mientras jugueteaba con el anillo que le regaló y que llevaba colgado del cuello. Todas las noches hablaban por teléfono. El fin de semana, iban a ver una película. A veces le tomaban prestada la furgoneta a Corey y otras hacían el amor en el sótano de los padres de ella.

Así pues, ¿por qué seguía soñando con hombres desnudos, sueños tan intensos que se levantaba enfe-

brecido y aterrorizado de que su padre se enterara de algún modo?

Esas noches, yacía despierto, intentando entender sus sentimientos. Quizá tuviera algo que ver con lo que pasó aquella vez con Tommy y con su padre, que los había pillado. Pero eso fue hace mucho, cuando tenía diez años.

Iba a cumplir dieciocho en unos meses. Tenía que concentrarse en su futuro: subir la nota media de Matemáticas, terminar el último año de instituto, conseguir la beca de baloncesto. E ir a la universidad. No tenía tiempo para ningún encuentro de Jóvenes Arcoíris.

Y, aun así, este sábado de septiembre, seis meses después de ocultar en su billetero el anuncio del grupo, que ya amarilleaba, aquí estaba.

Cruzó la calle hacia el edificio y se detuvo para mirarse en la ventanilla de un coche. Se alisó el pelo, pero los rizos no ayudaban. Mierda. ¿Por qué le importaba? Al fin y al cabo, no era más que un grupo de maricones.

Veinte adolescentes o más abarrotaban una sala sofocante en el cuarto piso. Algunos estaban sentados en sillas plegables de metal y se abanicaban. Otros estaban tirados en sillones andrajosos, quejándose del calor. Unos pocos estaban sentados con las piernas cruzadas sobre una alfombra con manchas y muy gastada.

Jason buscó un lugar donde sentarse. No había ninguno. Estaba pensando en irse cuando, de repente, sus ojos se cruzaron con los de otro chico. Al otro lado de la multitud, sonriendo, estaba Nelson Glassman.

Jason se quedó congelado. ¿Cómo había sido tan estúpido? Ese mariquita lo contaría por todo Whitman.

Nelson agitó los dedos en señal de saludo, como si fueran los mejores amigos, y luego se inclinó hacia un chico con una gorra de béisbol y le susurró algo. El chico le miró con los ojos muy abiertos de sorpresa.

Jason parpadeó. *¿Kyle Meeks? ¿Qué hace aquí?*

—Vamos a empezar, por favor. —Un hombre encorvado en medio de la estancia dio unas palmadas—. ¿Nos sentamos todos? Sí, ya sé que hace calor. Tam y Carla han ido a por ventiladores. Sentaos, por favor.

Jason se dio la vuelta para marcharse, pero en ese momento Kyle se acercó a él con la mano extendida. Jason le ofreció una palma sudorosa.

—Qué tal —saludó—. Creo que me he equivocado de sitio.

—Chicos, ¿os sentáis? —gritó el hombre por encima del ruido del grupo.

—Ten —susurró Kyle.

Agarró una silla plegable de las que estaban contra la pared y, sin previo aviso, la pila entera comenzó a deslizarse. Jason intentó detenerla, pero era demasiado tarde. Las sillas se estrellaron contra el suelo. *Cataclás*. Después, silencio.

Todos los ojos se volvieron a mirarlo a él y a Kyle. Un par de chicos sobre la alfombra se pusieron a aplaudir; el resto del grupo los secundó con silbidos y vítores. Jason quería meterse debajo de la alfombra y morir.

—Venga, ya vale. —El moderador agitó las manos e hizo señas para que el grupo entero se calmase—. Chicos, sentaos, por favor.

Kyle se volvió hacia Jason con el rostro rojo de vergüenza.

—Lo siento.

Se puso a recoger las sillas caídas.

—Ya lo hago yo —dijo Jason. Lo último que quería era que Kyle tirase las que quedaban.

Nelson se acercó a ellos para ayudarles.

—¡Bravo, Kyle!

Jason abrió dos sillas para él y para Kyle y se sentó, evitando la mirada de Nelson. Este desplegó una tercera silla y la colocó entre ambos.

—Hola, holita, Jason. ¡Qué sorpresa verte por aquí!

Jason nunca había hablado con Nelson en los tres años que llevaban en Whitman y no pensaba empezar ahora. Pero Nelson era insistente:

—Por supuesto, siempre había sospechado que...

Era demasiado. Jason se giró hacia él, pero el moderador volvió a dar palmadas y Nelson desvió la mirada, sonriente, dejando sus palabras en el aire. El moderador habló:

—Hola, soy Archie y soy el moderador de hoy. Vamos a ir presentándonos por turnos, uno detrás de otro. —Mientras hablaba, una chica mayor que estaba sentada detrás de él interpretaba lo que decía en lengua de signos para dos chicos sordos sentados junto al radiador—. Si es la primera vez que venís, decidlo para que

os demos la bienvenida. Tú empiezas, Kyle, y seguimos hacia la derecha.

Jason se escurrió en la silla, furioso. Los voluntarios del teléfono no habían mencionado nada de presentaciones. Kyle se presentó. Jason seguía sin creer que estuviera ahí. Solía irse con Nelson en el instituto, pero parecía tan... normal. Era un chico tímido con gafas que hacía natación y siempre llevaba gorra. Solían gastarle bromas por eso, pero él les hacía el juego con una sonrisa bobalicona y un aparato en los dientes. *Es majo, pensó Jason, aparte de tirar todas las sillas y avergonzarme hasta morir.*

El círculo de presentaciones continuó. Era un grupo bastante diverso. Solo algunos de los chicos parecían tan mariquitas como Nelson. Había algunos frikis; un chico que estaba en la universidad y se llamaba Blake, con pinta de modelo; y un grupo de pijos rubios con pantalones chinos y mocasines, que monopolizaba la zona más fresca de la sala.

Había un *montón* de chicas. Cuando una de gafas gruesas se presentó, Jason habría jurado que la conocía. Entonces recordó su foto en el diario. Era una de las seis estudiantes del país que había sacado una nota perfecta en las pruebas de aptitud universitaria. Cuando el periódico la entrevistó, dijo que era lesbiana.

Al otro lado de la sala, una chica negra y otra blanca, Caitlin y Shea, estaban sentadas en un sofá de dos plazas. Antes, Shea había intercambiado miradas con Nelson. Al principio, Jason había pensado que los gestos

tenían que ver con él, pero no estaba seguro. Ahora las dos chicas estaban centradas la una en la otra. Ambas estaban bastante buenas; no era la idea que tenía de las bolleras. Era difícil de creer que no encontrasen chicos. Tenía que pedirle el número de teléfono a Shea, pensó. Seguramente solo estaba confusa, como él. A lo mejor podían ayudarse el uno al otro.

Luego, llegó el turno de Jason de presentarse. Se irguió en la silla y sintió la tensión en sus hombros.

—Me llamo Jason y es mi primera vez, pero... no soy... —Tenía la garganta reseca—. O sea, solo estoy aquí para echar un ojo. No soy... ya sabéis.

Todos lo miraron mientras intentaba terminar. Archie lo rescató:

—Bienvenido, Jason —dijo, y continuó.

Jason volvió a arrugarse en la silla. Nelson dio un botecito en el asiento.

—Yo me llamo Nelson y es la primera vez que vengo a este lugar de zorro... uy, de encuentros. —Todos se rieron y él siguió—: En mi caso, no tengo ninguna duda de que soy... ya sabéis.

Se dio la vuelta y le dirigió una sonrisa a Jason. Este quiso molerlo a puñetazos en ese mismo instante.

—Ahora en serio —dijo Nelson agarrando su mochila—, quiero anunciar que tengo chapas por la visibilidad, cortesía de mi madre y de PFLAG. —Se volvió de nuevo a Jason—. Padres, familias y amigos de lesbianas y gays. Mi madre es la vicepresidenta.

Sacó los complementos de la mochila.

—Triángulos rosas, prendedores de Gertrude Stein, mensajes varios... Por ejemplo: «Mis padres son heteros y todo lo que me trajeron fue esta estúpida chapa».

El grupo se rio.

—Etcétera, etcétera. Si queréis una, hablamos en la pausa —concluyó Nelson.

—Bien, escuchadme todos —dijo Archie—. Hoy vamos a hablar de «salir del armario». ¿Alguien sabe lo que significa?

Caitlin alzó la mano.

—Es cuando dejas de ocultar que eres homosexual. O bisexual, o lo que sea.

Un chico levantó la mano.

—Yo pensaba que salir del armario se refería a la primera vez que lo hacías con alguien..., o sea..., alguien de tu mismo sexo.

—Eso hace salir otras cosas —dijo Nelson.

El grupo lo abucheó y el chico le arrojó un cojín a Nelson. Archie sonrió.

—Vamos a mantener la compostura. —Hizo señas a la multitud para que se calmara—. Hay personas que se acuestan con otras durante muchos años antes de salir del armario. Otras salen del armario antes de tener sexo con nadie.

—Salir del armario quiere decir que ya no te avergüenzas de decírselo a la gente —dijo Shea—. Es una cuestión de autoestima y de sentirte bien como eres.

Uno de los pijos rubios se cruzó de brazos.

—Yo no estoy listo para salir del armario.

—Nadie te obliga a hacerlo —le aseguró el moderador—. La mayoría de la gente lo hace de forma gradual. Tómate tu tiempo, tú decides.

Nelson se volvió hacia Jason y le guiñó el ojo.

—Había pensado en iniciar un grupo de este tipo en el instituto para ayudar a la gente que aún no ha salido del armario.

Jason evitó la mirada. No podía imaginarse un grupo LGBT en el instituto ni en un millón de años.

—Creo que lo más difícil es salir del armario con tus padres —dijo Blake.

Kyle asintió.

Jason pensó en su madre. Ya tenía bastantes problemas con su padre. Y su padre seguro que terminaría lo que una vez empezó... si supiera dónde estaba su hijo.

Blake prosiguió:

—Mi padre no entendía que hubiera salido con chicas y de pronto le dijera que me gustaban los chicos. Creo que es aún más difícil cuando eres bi.

Jason dejó de sacudir la pierna. ¿Bisexual? A lo mejor eso es lo que era él. A lo mejor no tenía que cortar con Debra. A lo mejor ella lo entendería. Pero... Su mente bullía de preguntas.

Antes de que alguien más pudiera abrir la boca, dos adultos entraron en la sala con ventiladores. Todos vitorearon y aplaudieron. Por encima del clamor, Archie gritó:

—Hagamos una pausa para poner los ventiladores.

Jason se levantó de golpe y la silla chirrió contra el parqué del suelo.

—Mejor me voy —le dijo a Kyle.

—¿Que te vas?

Jason notó la decepción en la voz de Kyle. Estaba a punto de responder cuando Nelson se metió por medio:

—No te marches todavía. Después del encuentro solemos ir al Burger Queen. —Pestañeó y sonrió—. Solo *nosotras*.

Jason hizo un gesto de dolor. Vio que Kyle le daba a Nelson un codazo.

Los dedos de Jason se cerraron en un puño. Tenía que salir de allí antes de meterle un guantazo a alguien.

—Tengo que irme.

Nelson rebuscó en su mochila.

—Llévate al menos una chapa. —Sonrió—. Es un regalo.

Jason negó con la cabeza, pero Nelson le obligó a cogerla. Kyle comenzó a decir algo. Jason se dio la vuelta y fue a toda prisa hacia la puerta. Bajó corriendo por las escaleras los cuatro pisos y salió escopetado del edificio, maldiciéndose a sí mismo.

Tendría que prepararse para el lunes. Sin duda, Nelson no iba a cerrar su boca de mariconas en el instituto. Y si la gente del insti se enteraba...

Jason abrió la mano y miró la chapa que el mariquita le había regalado. Decía:

NADIE SABE  
QUE SOY GAY